



# LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º Apartado 547.  
Horas: de nueve mañana a una tarde

CARAS BONITAS

## SUMARIO

CÉSAR JALÓN  
Sección Vermouth.

BONIFACIO  
En los nudillos.

FIDEL PRADO  
Del Madrid castizo: Una juerga  
en la verbena.

CLARITO  
Nuestros artistas y la guerra.

G. GUANSÉ SALESAS  
Un lance escandaloso.

LUIS ESTESO  
Chascarrillos y epigramas.

VICENTE VEGA  
La estatua del Amor.

JOSE M. BRAÑA  
Otoño.

TINO, MATEOS, M.-S., RIN-  
CÓN Y BÉTICO

Varios dibujos y retratos de  
Vicenta Vargas, Antonio Pala-  
cios y Gaspar Esquerdo.



**5** céntimos

VICENTA VARGAS

La sin patiquísima cupletista madrileña que tan gran éxito ha alcan-  
zado en los Jardines del Retiro, donde ha popularizado el cuplé  
Biblioteca Regional de Madrid  
"La Fachibilla"





### Mi jubilación forzosa.

**N**o sé cómo serían los hombres de antaño, y apenas si me he dado cuenta de cómo sean los de ahora.

El saber cómo son los hombres está reservado á más altas mentalidades, á otro escasísimo número de hombres privilegiados de los que, por «saber eso», se dice que han cultivado con gran éxito todos los ramos del saber.

Sin embargo, dentro de mi limitado

Vivimos en pleno comadreo, y antes de poco—¡por tal camino vamos!—será cosa de ver cómo los hombres asistimos á las parturientas ó las administramos previamente algún «enjuague» para no ponerlas á parir...



—Chico, alégrate: ¿sabes la noticia del día?

—Hombre—contestamos—, desde el momento que soy periodista, puedes figurarte que no lo sé... Pero, en fin,

indagaré por el método «inductivo» y «deductivo» de los protagonistas de dramas policíacos... ¿Qué pasa? ¿Se ha acabado la guerra?

—¡Quia! ¡Mucho mejor! Parece mentira que habiendo pensado en los dramas policíacos, no se te haya ocurrido...

—Pues nada: me alegraré si te empeñas; pero no doy en el clavo.

—¡Vaya, vaya! Todo Madrid lo sabía, todo Madrid, menos... tú. Figúrate que han jubilado á Marsal, el comisario de Policía, el tristemente célebre tío de su no menos tristemente célebre sobrino el transformista Marsal...

—¿Eso era?

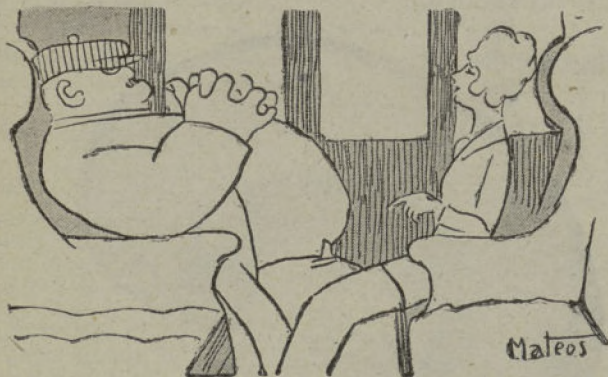
—¡Ah!... ¿De modo que te parece poco?

Y me parece poco, efectivamente, para que

todo Madrid se preocupe de tan nimio sucedido.

No se me oculta que semejante «jubilación» es para llenar de «júbilo» á cualquiera, incluso á su sobrino; pero me parece poco importante el asunto.

### EL LENGUAJE DEL VIENTRE



El 1.—Vamos, que si hablastes tú con el vientre, el famoso tratado de Ventrioloquía de Balder iba á resultar un maltratado.

El.—Es decir, que me ocurre con el vientre lo que á ti: que no me falta mas q te hablar.

entendimiento, encuentro yo que la mayoría de los hombres contemporáneos y las porteras, prototipos de la charlatanería, satirizadas en las comedias de costumbres, hay muy poca diferencia, á favor de aquellas porteras, naturalmente.

Hasta me parece poco la jubilación; porque entre jubilarle ó echarle á la calle, del mismo modo que lo hicieron los carteros cuando el Sr. Marsal era más mozo y menos comisario, siempre hubiera sido más interesante haberle echado, y hace diez años, mejor que ahora.

Todo ello quería decir que á cada cual le llega su día, y, al llegarle «su día» al Sr. Marsal, yo le hubiese felicitado, como es costumbre, y me hubiese felicitado, como no sé si es costumbre...

Pero repito que el ocuparse de semejantes nimiedades con el misterio é importancia que, según mi amigo, le concedía al asunto «todo Madrid», da idea de que los hombres de ahora estamos pidiendo á voces una portería de saínete...



Cuando tropezamos, no ya con un amigo, sino con un simple conocido, sentimos encogérsenos toda el alma y parte del cuerpo si al consiguiente saludo no podemos añadirle, como nota «amenizante», una referencia confidencial de no importa qué suceso trágico ó picaresco.

Y para evitarnos el disgusto, si no disponemos de materia «ad hoc», nos prodigamos con el «recién tropezado» en oficiosidades que, sobre ser indiscretas, nos colocan en trance de parecer su médico de cabecera.

—Pero, chico, ¡qué delgado estás! ¿Qué es lo que haces?

—¡Figúrate!... Pues para estar así de delgado, hago lo que es preciso hacer... ¡adelgazar!

—Muy malo, muy malo estás.

—Mal, sí, señor. Gracias.



A mí me ha tocado ser víctima de esas oficiosidades, que suplen la falta de asunto para comadrear.

—¡Puaf! Estás delgadísimo. ¡Cómo se te señala el maxilar!

En efecto: no es únicamente el maxilar lo que se me señala; pero, ya ves, no estoy mal; hago la vida ordinaria; no necesito de aperitivos para «nada»...

Y no he tenido más remedio que tranquilizar á mi querido amigo, que, por lo visto se moría de aprensión suponiéndome tuberculoso perdido...

Menos mal que su pregunta no me

despertado en mí la misma aprensión; pero eso poco importa: la cuestión es decir algo más que el saludo...

Sin andar dos pasos más, otro conocido nos echa la mano al «chiceps»... y la retira como si sobre un ascua la hubiese puesto.

—¡Muchacho!—nos espeta—. ¡Qué

LA AFICIÓN «NOCTURNA»



—Pero, señor Cele, ¿va «usted» á la Plaza, ó á dormir?

—A las dos cosas: me voy á dormir á la Plaza.

delgadez! ; Estás tuberculoso perdido! Yo—prosigue—, la verdad, sentiría equivocarme, porque gozo fama de profeta y sufriría un gran menoscabo en mi reputación; pero creo que no me equivoco... ¡Y qué ojeras!

Y aquí se impone una nueva explicación. El trabajo de noche, que demerita mucho. La constitución física del individuo, que no siempre es fuerte... ; Hasta hay que aceptar la hipótesis de la tuberculosis para que el amigo no se enfade, viendo defraudado su espíritu profético!...

Cierto que siempre sería de mejor efecto moral—y físico, de rechazo—decir al tuberculoso que está sano, y no poner al sano en aprensión de que está tuberculoso.

## AL AIRE LIBRE



— Camarero: me parece poco refresco y mucha paja.

— Es que hay pajas que no se acaban nunca.

Mas no hay noticias. No todos los días se jubila un comisario de Policía. ¡Y algo se ha de decir!

Sobre que entre preguntar «¿Cómo estás?» ó darse por contestado diciendo «Estás tísico», siempre es más explícita esta fórmula de cortesía...



Y ¡velay! cómo también yo, influido por el ambiente, he actuado de comadre, contando al lector cosas que no le interesan: la jubilación de Marsal, «cosa gorda», según se dice, y la mía, que es más «delgada», también según me dicen...

Porque claro está que concediéndome tamaño estado de debilidad, «a la cuenta, me jubilan como hombre»...

Sin perjuicio de que, acaso, se equivoquen...

CÉSAR JALON.

## EN LOS NUDILLOS

Un matador de toros.—Cómo despacha los marrajo..

Cuando menos se esperaba, el amigo Don Pruden se ha fajado en «El Don-do» con Gaona, y le ha dado un sesgo aterrador á la cuestión de la bandera de España. Es, sin duda, que el escritor gallego debiera haber nacido andaluz y haber sido matador de toros: nadie como él para darle á una cuestión un volapié hasta los dedos. El elevó á Gaona hasta ponerlo en vías de alcanzar una gran altura. El, de repente, le dió una patada al tinglado, y el niño «pelao» rodó por el suelo, sin que poder humano lo levante.

Gaona, fleta el barco, y á tu pueblo. Jugaste y perdiste. No hay bromas á la hora de la agonía.

Ahora, Prudencio, esperamos á que lo descabelles.

## La cuestión de las quince.

Benavente y Ezequiel Enderiz están tratando de traducir la «lliaa» para darle cuatro representaciones en el coliseo de la calle de la Flor.

Pero Enderiz ya le ha puesto pánico á Benavente porque quiere coorar las tres terceras partes de los derechos. Benavente se ha unido á Galdós y á Dicienta á fin de ver si meten en cintura á Ezequiel, el profeta.

¡La Biblia!

Por de pronto, han acudido en suprema instancia á «La Favorita». Esta bella artista ha respondido de arreglar el asunto de una manera satisfactoria.

A fin de arreglarlo sin gastos, han sido nombrados abogados del negocio Maura, La Cierva y San Blas.

Enderiz, al final, tendrá que hipotecar el hígado.

BONIFACIO.

## LOS NUESTROS



ANTONIO PALACIOS

Distinguido «sportman» que en breve publicará una novela con el título «Las once milésimas de Virgen, ó una noche en Valdepeñas». Es un título sugestivo, ¿verdad? (Nos referimos al de la novela: porque el no es título, aunque sí un joven distinguido.)

## DEL MADRID CASTIZO

## UNA JUBGA EN LA VERBENA

EL programa de festejos organizado por Luis «el Juncal» para aquella noche era de los que hacen época.

A las ocho, cena en gran escala en la tasca del señor Remigio, en compañía del Pintao, con un menú digno de un príncipe ruso; á las nueve y media, alquiler de una manuela «enyantada», con un jaco bien educado, en previsión de que el automedonte se viese obligado á dejar la dirección del vehículo al libre albedrío del caballo, y á las diez, arribada ceremoniosa en casa de la Tula ó la Macarena (según los casos) y extracción, de acuerdo con dichas «damas», de dos buenas hembras, adornadas con su correspondiente y vistoso manileño, para dar digno remate al plan que tan bien organizado tenían.

Éste, como todas las cosas de la vida, no era perfecto: tenía un pequeño inconveniente que resolver, y tal inconveniente era Rosa, hija de la señá Amparo, la peinadora, y novia del Juncal.

Como ustedes habrán comprendido, al calificar de inconveniente á Rosa es porque esta «Rosa» tenía sus correspondientes espinas, ó, para hablar más claro, que la individua era una hembra castiza y bien templada, de las que no se dejan tomar el pelo ni por la radiotelegrafía, y capaz de marcarle el cutis al Niño de la Bola, por muchos pantalones que gastase.

Esto no lo ignoraba el Juncal, y por eso llevaba tres días baraiando en su mollera una disculpa factible para eliminarse de llevar á Rosa á la verbena y campar por sus respetos aquella noche, que sería de las memorables.

No las tenía todas seguras, dado el carácter y la suspicacia de Rosa; pero su palabra de hombre estaba pignorada para aquella pequeña expansión juerguística, y había que cumplirla, aun á trueque de sacar el rostro malparado de las uñas de su novia.



Con la cara más compungida que si se hubiese pasado la noche con un buen dolor de muelas, estaba aquella tarde el Juncal esperando á que Rosa saliese del taller.

El sinvergüenza había encontrado al fin la fórmula que le salvaba del conflicto, y reía de gozo bajo la aparente máscara de tristeza con que se escondaba para mejor impresionar á su novia y dar más verosimilitud al papel.

Cuando la hija de la señá Amparo salió á la calle, enarcando el soberbio busto que Dios le había dado para re-

¡VAYA UN CARÁCTER!



—Le he escondido la ropa á tu marido para que se indigne.

—Pues te equivocas. Hace mucho tiempo que no sabe dónde la tiene, y vive tan tranquilo.

godeo de aquel sinvergüenza, y vió la cara que éste tenía, comprendió que algo grave le sucedía á su novio, y le abordó sin previas contemplaciones, preguntándole:

—¿S'ha muerto tu madre pa que te vengas con ese rostro?

—Una cosa parecida. Que m'ha mandao recaer mi hermana de que el chico que tié con la diztería s'ha agravao, y tengo que pasarme ayí la noche por un por si acaso.

A Rosa le atacó un presentimiento extraño, y se escamó de la coincidencia.

—¿Tan grave s'ha puesto de repente?—preguntó.

—Una burrada. Según dice mi sobrina, estaba el crío atraçándose de judías, que son su debilidad, cuando, de repente, se puso como hiznotizao, y cayó al suelo sin avisar.

## ACCIDENTE VULGAR



—Un telegrama de Bilbao dice que el jueves último un remolcador ha pasado por ojo al «Brandil».

—¡Bah! Eso no es una cosa del otro jueves. En Madrid, no hay mar, y también pasa eso...

—¡Sí qu'es ganas de aguar la fiesta!  
—Ya ves—continuó más serio aún el Juncal—. ¡Y guardarlo pa esta noche precisamente, que tenía yo un plan d'abrigo pa divertirnos á chorros en la verbena!

—¡Y qué pensar hacer!

—Írme ayí en cuanto cene por si ocurre algo...

—Tíes razón. Casi estoy yo por ir también con mi madre...

El Juncal dió un salto al oír á Rosa.

—Eso no—contestó con viveza—. T'acongojarías y te se reproduciría lo de las jaquecas, cosa que yo no puedo consentir. Además, tú pués ir con tu madre un rato á rezar á la Virgen por el crío y luego á dormir tranquila pa trabajar mañana. Nada, que no vas.

Y, al decir esto, gesticulaba como un loco con los brazos, creyendo que con aquel bracear atolondrador Rosa se convencería más de sus razones.

Ala hija de la señá Amparo le sucedió lo contrario de lo que su novio creía; pero impuso silencio á sus sospechas, prometiéndose averiguar lo que había de verdad en aquel asunto.

El Juncal, convencido de que Rosa se había tragado la tostada, la acompañó hasta su casa, despidiéndose de ella con un «hasta mañana» que quiso ser triste y fué jocundo.

✽

—¡Madre!

—¡Qué te s'atraganta!

—Póngase usted el mantón, que nos vamos.

—¿Adónde?

—A velar un moribundo.

—¡Tu estás loca, criatura!

—Usted haga lo que la digo, y no perdamos tiempo. En el camino le explicaré á usted lo c'hay.

La señá Amparo no se hizo rogar, y obedeció. Cuando salieron á la calle, Rosa la puso en antecedentes de cuanto le había ocurrido con su novio y del proyecto que tenía.

A la señá Amparo le pareció de perlas, y ambas se personaron en la calle del Tribulete, donde tenía su domicilio Pepe, el hermano del Juncal.

Cuando llegaron, hallaron á Pepe componiendo una silla desvencijada. Tumbados en el suelo de la habitación, una caterva de chiquillos de todos los tamaños armaban una algarabía infernal.

El visitado, que no esperaba tal visita, preguntó sorprendido:

—¿Aónde van ustedes á estas horas?

—A verte—replicó Rosa—. Pasamos por la puerta, y le dije á mi madre: vamos á ver cómo están los chicos.

—Ya ves, reventando de salud.

—¿No tíes ninguno con la diztertia?

—Ni Dios quiera.

—¿Es extraño!

—¿Por qué?

—Porque con la calor que hace... En fin, más vale así.

Hablaron un rato más de cosas insignificantes.

Luego, se retiraron, pretextando ser ya muy tarde.

Cuando salieron á la calle, la indignación que las embargaba, y que tan bien disimularon, estalló con toda su rabia.

La señá Amparo era la más poseída de furor.

—¡Pillo!... ¡Granuja!... ¡Nos las tienes que pagar!—barboteaba, hecha una furia—. ¡Pobre de ti como te pille esta noche en la verbena!...

Si el Juncal la ve en aquellos momentos, se hubiese convencido plenamente de lo que es una suegra en el ejercicio de su cargo...

✽

—¡Para, cochero!...

El simón se detuvo en la tasca del señor Remigio. Este salió á hacer los honores á sus visitantes.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Unos chatos pa las damas y unos quince pa nosotros—gritó el Juncal,

con voz enronquecida ya por el alcohol y los gritos dados en toda la noche.

La gente, atraída por la curiosidad, rodeó el vehículo. En el interior de éste, el Juncal y su amigo, acompañados de dos buenas hembras bien «fardás», y adornadas con los clásicos manileños, cantaban y reían, entregándose sin aprensión ninguna á ciertas lloer-tades poco en armonía con el bullicio de la calle.

De las bocas de ellas escapábase canciones picantes, que eran como «epoliques de lujuria, adentrándose en el organismo de ellos. Las caricias lúbricas sucedíanse, coreadas por los gritos de los curiosos. Si aquello continuaba en tal tensión, se iba á armar la de San Quintín.

El señor Remigio se acercó al coche con una bandeja, en la que el Montilla y el peleón hacían contraste de colorido.

Todos bebieron con ansia. El vino, al pasar por sus gargantas reseca, parecía lava hirviente que inyectaba sangre en el blanco de sus ojos idioticos y dilataba el sistema nervioso de sus frentes, chorreantes de sudor.

Al terminar de beber, el Juncal se puso de pie en el interior del vehículo; carraspeó sonoramente para tener más expedita la garganta, y con no despreciable estilo de «cantor» entonó una copla:

Tengo una suegra más buena  
que un bollo recién cocido;  
voy á mercarla una jaula  
pa exhibirla en el Retiro...

La última estrofa de la canción brotó ahogada de su garganta.

Un bulto informe había caído en el coche como por encantamiento, y dos manos huesosas, pero bien templadas, aferrábase á su cuello horriblemente.

El Juncal, entre la opacidad de un cendal sanguinolento que le velaba los ojos por efecto de la bárbara presión, reconoció á la señá Amparo, que apretaba con más ahinco cada vez, llenándole al paso de impropiedades.

Aun entre las convulsiones de un vahído le pareció ver la ideal silueta de Rosa, que, trágicamente bella, en medio de su furia, bailaba una danza salvaje sobre las dos furciales, que se debatían bajo sus pies, bramando de dolor y de miedo...

Cuando los guardias, á costa de esfuerzos inauditos, lograron restablecer la calma, aquello parecía una «débacle».

El Juncal, desmayado y con la cara hecha un «Ecce Homo», yacía revuelto entre el amasijo de ropas desgarradas de sus compañeras de juerga, y éstas, maltrechas y doloridas, no se atrevían á hacer movimiento alguno, temerosas de una «reprise» de golpes y arañazos.

Pra simplificar las cosas, fué preciso llevar á los heridos en el mismo coche á la Casa de Socorro correspondiente.

Y allá fué el triste cortejo, como una procesión de dolor, atravesando entre la multitud bullanguera, que se apartaba comentando picarescamente el final de la juerga.

Detrás, y como digno broche del cortejo, iban la señá Amparo y su niña con la ropa destrozada, pero tranquilas, mirando desafiadoras y dibujando en sus rostros la mueca regocijante del que ha cumplido con un deber.

FIDEL PRADO.

### ALQUILER APREMIANTE



—Pues me ha dicho el casero que no le gustan las inquilinas con perros; que, sin el perro, cuando la señora quiera...

—Es que sí me quedo sin el perro, voy á tener que querer esta misma noche; y ya no tengo tiempo de mudarme...



## Nuestros artistas y la guerra

### ¡Como Esquerdo no es de Bilbao!...

El valiente novillero de Carabanchel será un gran matador de toros. De hecho, ya lo es. No ha de matarlos después de tomar la alternativa ni mayores que los que ahora mata, ni mejor que como los mata ahora. Al contrario: lo probable es que si Esquerdo aguarda á tomar el doctorado á su tiempo, llegue, al momento de ir por la borla, hecho un fenómeno, y los «fenómenos» rara vez tienen que habérselas con toros tan grandes ni tan difiles como los que lidian los novilleros, que se han elevado sin otra influencia que sus puños.

He aquí un formidable estoqueador que, sin ayuda de nadie, se ha hecho su cartel á viento y marea de cuantos han querido hundirle.

¿Que la Empresa de Madrid está rehacia? ¿Que esté; Los que le han visto en pro-

vincias y en Carabanchel saben que el brazo derecho de Gaspar Esquerdo es una epidemia, á juzgar por lo que mata.

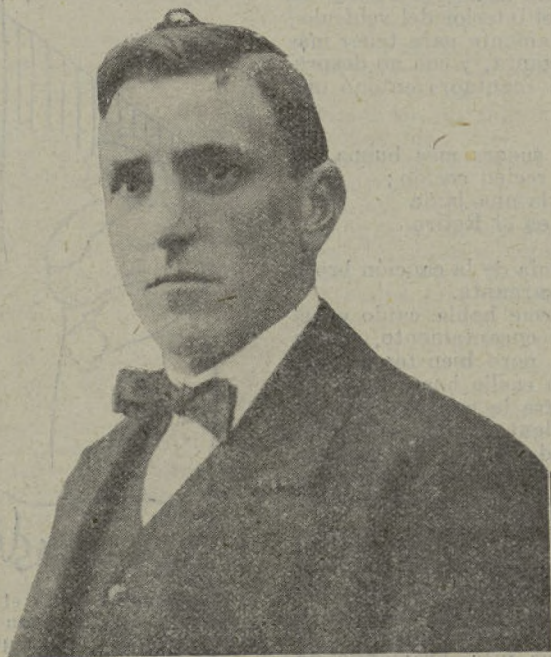
¿Que el Fulanito y el Zutanito han toreado bien una babosa sin cuernos, y aunque luego se han hartado de pincharle, están toreado hasta con «exigencias»? ¿Que toreen! ¿Que exijan! Él ha sufrido tirando toros patas arriba de una sola estocada, y, además, cuando el ganado ha sido siquie-

ra regular, ha hecho una faena de muleta de esas que levantantan en vilo...

Cierto que así cuesta mucho llegar; pero cuando se llega, no se le debe nada á nadie.

Al contrario: le suelen deber á uno. Porejemplo: á Gaspar le debe la Empresa de Madrid una corrida desde el año pasado, y el diestro, por no molestar, ni la ha reclamado.

Entretanto, hay por ahí dos mil que, á fuerza de zalamear á Retana, sin perjuicio de que, cuando



GASPAR ESQUERDO



éste se vuelve de espaldas, decir... lo que les viene bien, salen al ruedo madrileño sin deber salir.

Y hay también no pocos que dicen que el señor Fulano es un hijo de un tal y de una cual, hasta que, á fuerza de majeza y chulería, consiguen sacar astilla.

Esquerdo no es de esos. Con lo que á él le han calado los toros, tendrían bastante muchos lidiadores para no arrimarse ni á una legua; pues él, cada vez más valiente.

▶ No obstante, la modestia perjudica algunas veces. Sí; porque una cosa es que el pundonoroso carabanchelero se abstenga de decir que el empresario de Madrid es un desaprensivo, y otra es que se calle prudentemente y aguante lo que no debe aguantarse.

El caso es que, á lo mejor, mañana le vemos torear en Madrid; pero ya no puede considerársele protegido por nadie. Ahora le «darán toros», porque él se ha encargado de hacer que se le den poniendo cátedra en lo de meter el estoque por las agujas...

Va no necesita protección; cuando la necesitó, no la encontró. Encontró cornadas, graves y frecuentes. Un solo toro le dió tres; las tres, de esas que duran una cuarentena: que no cornadas de fenómeno; es decir, de nueve días.

En fin, para eso es de Carabanchel. ¡Si quería protección, que hubiese nacido en Bilbao!



▣ Esa guerra es la que más le ha perjudicado á Esquerdo.

▣ La otra, la europea, no la ha sentido mas que en lo que la ha sentido todo el mundo.

Gaspar Esquerdo es asiduo lector nuestro. Le gustan mucho LA HOJA DE PARRA y las cupletistas; eso sí, prefiriendo á éstas sin «hoja» de ningún género.

Nosotros sabemos esta última circunstancia porque en una ocasión nos permitimos hacerle un «chiste» (llamémole así):

—¿Sabe usted en qué se diferencian las cupletistas y bailarinas de los toros que usted mata?

—¡Hombre, sí!.. Pero no me atrevo á decirlo...

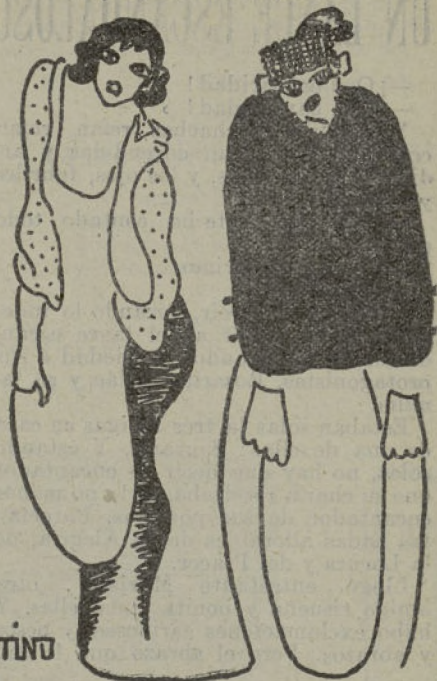
—No: no es por ahí.

—Pues ustedes dirán...

—Pues en que los toros que usted mata caen, echando las patas por alto, sin puntilla; y las cupletistas y bailarinas las echan también por alto, pero con puntilla...

—¡Hombre! —exclamó el diestro—. Pues á mí me gustaban la mar (y me gustan) las cupletistas, porque creí que eran iguales que los toros.

## VIAJAR ES INSTRUIRSE



—Ya has ido á San Sebastián, mujer. ¿Y qué?

—Pues que no hay nada como viajar: ya sé pedir cinco duros en to las las lenguas.

—Las hay también...

—¿Verdad que sí? Sí, sí: iguales. Porque á los toros, en cuanto les da usted lo suyo, no se mueven, y hay también algunas bailarinas que tampoco se mueven en cuanto se les da lo suyo...

Claro es que Esquerdo dijo eso por des-pistar. Nosotros sabemos de una bailarina que se parece á Pastora Imperio—no tanto como ella, la bailarina, quiere; pero, en fin, algo se parece—y que se pasa la vida preguntando dónde torea Gaspar.

Por su parte, Gaspar pregunta dónde trabaja la bailarina, que, por cierto, es de las que han debutado y, luego, reaparecido en el Retiro...

Pero eso no nos interesa. Lo cierto es que á Esquerdo, que en su día ocupará el sitio de un gran matador de toros, no le ha perjudicado la guerra europea.

¡Á lo sumo, le habrá perjudicado el no ser de Bilbao!...

CLARITO.

## UN LANCE ESCANDALOSO

—¡Qué barbaridad!

—¡Qué barbaridad!

Y las tres muchachas reían, reían como locas. Tenían encendidas y ardientes las mejillas, y los ojos, febriles y brillantes.

—Pero ¡quién te ha contado todo esto!

—Manolo, mi primo.

—¡Qué atroz!

Y volvieron á reír, gozando lo increíble en comentar aquel lance escandaloso, despellejando sin piedad á sus protagonistas, Rosarito Inclán y su familia.

Estaban solas las tres amigas en casa de una de ellas: Sagrario. Y estando solas, no hay que decir lo encantador que su charla resultaba, ni lo no menos encantador de sus posturas. Parecían las hadas adorables de la Alegría, de la Locura y del Placer.

Llegó entretanto Mariana, otra amiga risueña y bonita como ellas. Y hubo exclamaciones cariñosas, y besos y abrazos. Pero el abrazo que le dió

Sagrario fué un abrazo más apretado y más ardiente que un simple abrazo de amigas: parecía el abrazo ansioso de dos amantes vehementes; y, al besarse, mordieronse ávidas las bocas, y en sus ojos se encendieron ardientes las miradas.

—¡Qué es lo que tanto os regocija?— preguntó, al fin, la recién llegada.— Dame á mí también parte en este banquete de alegría.

Todas á un tiempo, formando una estruendosa música de pájaros, quisieron referirle el lance, sin lograr entenderse, hasta que Pilar, la más enterada, logró que la escuchasen.

—Ya sabes tú que Rosarito Inclán era novia de Antonio Gómez, y ya sabes también que decía ella muy ufana que iban á formalizar las relaciones para casarse pronto, porque se querían con delirio, y Antonio era un buen chico, muy listo, etc.; pues ¡á que no aciertas lo que ha sucedido?

—Lo que ahora han puesto de moda los hombres: plantarla.

—¡Ca!, no; peor. Eso no sería nada; no valdría la pena de contarlo.

—¿Se casa con otra?

—No, no; aún peor.

—¡Ah!, ya sé—dijo vivamente Mariana—. Que se han... (breve pausa y ligero sonrojo). Bueno; que se han querido del todo antes que los bendijera el cura. Al fin y al cabo, eso lo haríamos todas si no pudiera tener malas consecuencias...

—No es nada de eso. Es peor.

—Peor, peor—repetieron á coro las demás.

—Pues, hijas, si no es eso, no sé... Anda, di: ¿qué es?

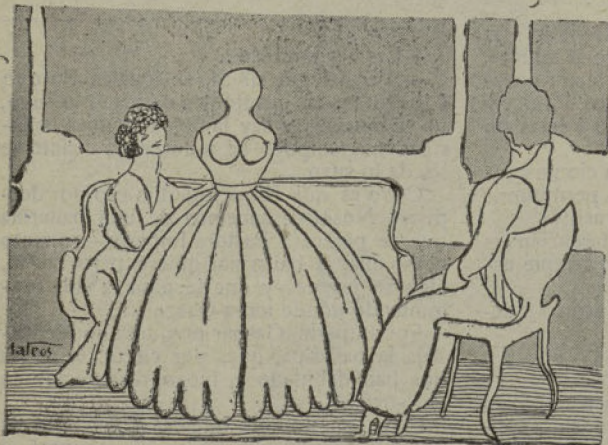
—Que Rosarito no ha servido mas que de pantalla para encubrir las trapisondas y enredos de su madre, que es á quien quería el muy bribón de Antonio.

—¡Qué? ¿Qué dices?...

—Que Antonio es el amante de la mamá de Rosarito.

—El amante de la madre de su novia. ¡Vaya un

## LA CUENTA DE LA MODISTA



—Mire usted, Paquita, quiero que incluya en la cuenta diez duros que dí ayer a un amigo muy necesitado. Dice usted que son importe de unos adornos.

—¿Otra vez? ¡Creo que le van á parecer á su esposo demasiados adornos!

lio! ¡Si parece más bien cosa de teatro!

—Y espera, que aún no lo sabes todo. La otra noche se enteró el marido...

—¡No es aquel coronel de Artillería tan colorado y grueso!

—El mismo. Y ¡figúrate qué escándalo tan enorme se armaría!... Hoy creo que se baten.

—¡Se desafían?... Me gustaría que ganase Antonio.

—Y á mí.

Y á mí. Y que matase al coronel.

—Y entonces—añadió Laura, que era

la más loca de todas—como Antonio no podría casarse ya con Rosarito, pues... ¡podría casarse conmigo! ¡Cualquiera no se enamora de un hombre tan así!...

G. GUANSE SALESAS.



## Chascarrillos y epigramas

Si tendrá la dentadura postiza la linda Estrella, que ayer la besé en la boca y dice que no fué á ella.

LUIS ESTESO.

## DE LA PLAYA



—Lo que más me desespera es que, aquí, no encuentro quien me calce. ¡Con estos zapatos que tienen un punto menos!...

—Buen remedio: te bañas en el Gran Casino, y verás cómo te sobran «puntos», y tampoco faltará quien te calce.

## LA ESTATUA DEL AMOR

**P**ASABA yo entonces por una crisis de romanticismo agudo, y una mañana de riente primavera dejé á París con dirección á la vieja Normandía en espera de olvidar, bajo el cielo brumoso de aquella poética región francesa, la partida serrana que no ha mucho me jugara «ma belle amie» Maud con su profesor de Equitación.

La Pelpette fué el lugar escogido al efecto, y un día de Abril me alojaba en la única posada de este humilde «vi-

instante la señorial mansión, no me pareció la hora muy oportuna, y resolví dejar la visita para el día siguiente.

Ya en la posada, manifesté al patrón mis intenciones sobre el castillo de referencia, y cuál no sería mi asombro al ver al viejo posadero mover negativamente la cabeza.

—No—me dijo—; es inútil que se moleste el señor. El dueño, el anciano marqués de Poncheli, cierra muy cuidadosamente las puertas de su castillo, no permitiendo la entrada sino á muy contadas personas.

—¿Y no podría yo ser incluido entre ellas?

—No, señor. Porque usted es joven, no pal parecido...

—¿Diablo!—exclamé—. ¿Y qué tiene que ver eso con lo que yo quiero?

—Mucho, señor, mucho. Si usted es joven, el señor marqués es viejo; si usted es de presencia agradable, él... tiene sesenta años, y, en fin, si usted es soltero, el marqués es casado y con una mujer de veinte años, que pasa por ser de las más bellas de la comarca. Comprenderá usted, señor—agregó el posadero con maliciosa sonrisa—que el anciano marqués hace bien en tomar sus precauciones.

Maud, el profesor de Equitación, los «boulevards», todo lo olvidé, y mi pensamiento se reconcentró en la hermosa figura de la castellana á quien ya me figuraba encerrada y maltratada por aquel caduco gabacho, que se creía con derecho para privar al resto de los mortales de la mirada de Lucía, que tal era el nombre de su consorte.

A la tarde siguiente, me situé frente al castillo, y si en apariencia me ensimismaba en reproducir sus almenados muros en mi álbum de viaje, en realidad no quitaba ojo á sus numerosos ventanales, en espera de ver aparecer en alguno de ellos la encantadora figura de Lucía. No tuve tiempo de impacientarme. Apenas el Astro Rey traspuso el horizonte, se dejó ver sobre la terraza del castillo una gentil figura envuelta en blanca bata. Era Lucía. ¡Y á fe que no le sentaba mal lo de «la más bella de la comarca»!... El aire de profunda melancolía, de secreto pesar que reinaba sobre su rostro encantador, hacía todavía más seductora... Pronto advertí mi persona y la mudó adoración con que yo la contemplaba...

A partir de aquel día, todas las tardes ocupaba yo mi puesto al pie del

## LA MENDICIDAD



(Comprenderá el señor Alcalde que ya es «mucha murga», y que promete ser «más»...)

llage», pintorescamente situado en el fondo de un valle.

Transcurridos que fueron los primeros días, y con ellos la novedad del cambio de vida, volví á caer en un «spleen» horriblemente fastidioso, del que no conseguí sustraerme mis correrías por los alrededores y las visitas á los interesantes castillos medioevales que pueblan la comarca. Pero una tarde, cuando regresaba á mi alojamiento, acerté á pasar por delante de un sañudo castillo, situado sobre una colina de no escasa elevación; aunque mi condición de turista aburrido me autorizaba, hasta cierto punto, para visitar en aquel

castillo, y no bien las primeras tintas del crepúsculo manchaban el azul del cielo cuando ella aparecía en la torre del homenaje; una tarde, dejó caer de entre sus aristocráticas manos una rosa, delicado don que acompañó « un beso, enviado con la punta de los dedos. Transportado, la contesté en la misma forma.

Al día siguiente, una carta reemplazó á la flor. Decía así (la carta, ¿eh?, no la florecita): «He tenido un sueño tan hermoso como irrealizable... ¡Cuánto trabajo me costará olvidarlo!... Y usted, desconocido, no vuelva á colocarse frente á mis ventanas; olvideme,

como yo intentaré hacer con mi sueño... Tenga usted cuidado: en las intermediaciones del castillo se ejerce un continuo espionaje. Algo debe presumir mi esposo, pues hoy, más celoso y brutal que nunca, me ha repetido su intención de arrojar al agua al primer desconocido que sorprenda en su casa... Adiós. Hasta... nunca.»

Sonrei. Me complacía la angustia de la hermosa señora de Poncheli, á quien no debía ser del todo indiferente cuando tanto temblaba por mi persona.

Entraré en el castillo, me dije, y veremos si el celoso marqués puede cumplir sus amenazas. Lo del agua debía

## BUENOS REFRESCOS



- ¡Qué atrocidad, don Juan! Está usted sudando la gota gorda.  
—Pues cuanto más refrescos tomo, más gorda.

## PROFECÍAS



«—¡Qué talento tiene Pepe Luis! Me ha dicho que «soy una flor que se abre á la vida».

ser por un riachuelo de bastante profundidad que corría al pie de la colina... ¡Bah!...

Aquella noche tracé mi plan. He lo aquí: el marqués era un bibliómano entusiasta, y, al decir de las gentes, tenía una excelente biblioteca. Todos los jueves, el librero de la ciudad enviaba al castillo un cesto con gran número de libretos y pergaminos, de los cuales el marqués escogía algunos, devolviendo el cesto al librero. Esto me sugirió la idea de suplantar á los libros viejos.

Tres días después, llegaron á mi alojamiento los dos mozos del librero con el cesto correspondiente. Gracias á la ayuda de algunas piezas de plata, calmé sus escrúpulos; ocupé dentro del canasto el lugar de los libretos, y, al caer la tarde, nos pusimos en marcha.

La aventura era peligrosa, no sólo para mí, sino para mis conductores. Así debieron comprenderlo éstos; y á medida que nos aproximábamos al castillo, crecían sus temores. Entablaron animado diálogo en un «patois» del

país; y uno de ellos dijo muy convencido:

—Lo mejor será contarle todo al señor marqués, quien no dejará de pagarnos espléndidamente este servicio.

—Bien pensado, camarada—respondió el otro—. Tienes razón: eso es lo que debemos hacer.

Me precio de tener buen oído, y gracias á esto y á conocer regularmente los «patois» franceses, debo mi salvación. Tentado estuve de salir del canasto y «moler» á golpes á los futuros delatores; pero esto equivalía á renunciar para siempre á la hermosa castellana. Así, pues, continué en el cesto, á pesar de lo peligroso de la situación.

Después de un molesto balanceo, que me hizo comprender que subíamos la pendiente de la colina, fuimos (el cesto y yo) depositados en el vestíbulo. Of cómo se alejaban mis desaprensivos conductores; cuando dejé de percibir el ruido de sus pisadas, y empleando toda clase de precauciones, levanté un poco la tapa del canasto, y miré. Nadie, en el vestíbulo. Salí de mi «estuche» con satisfacción, á causa de la incómoda postura que había tenido que adoptar, y de lo poco seguro que me parecía después de la conversación de aquellos sinvergüenzas.

Na había tiempo que perder: el marqués volvería á poco con mis delatores, é, indudablemente, daría orden de arrojarle al río. Pero ¿no les extrañaría el ligero peso del cesto? Miré enrededor, buscando algún objeto que me reemplazara dentro del canasto, y nada me pareció mejor que un lindo amorcillo de mármol blanco, que se erguía sobre un artístico pedestal. Tomé entre mis brazos la estatuilla, la coloqué en el cesto, cerré éste, y yo me oculté entre los espesos cortinones de una ventana. ¡Ya era tiempo! El marqués volvía con mis conductores; andaban de puntillas, y, abalanzándose sobre el canasto, lo ataron con sólidas cuerdas, mientras el animal del marido exclamaba:

—¡Ah, caballere! ¡Tú querías engañar al anciano marqués de ronccheli? No creo que lo consigas por esta noche, ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!...

Elevado por cuatro brazos vigorosos, el canasto fué arrojado por la ventana; al escuchar su rápido descenso por la vertiente de la colina y el funebre ruido que produjo al caer en el agua, me estremecí.

Desde mi escondite vi alejarse al marqués y á los mozos del librero. Esperé á que llegase la noche, y, entonces, abandonando las cortinas, me interné por las galerías del castillo: algo sabía yo de su distribución interior, y me fué relativamente fácil hallar la habitación de Lucía.

Al verme en el marco de la puerta, lanzó un ligero chillido. Coloqué un de-

celoso dueño!... Y se vengó; ¡vaya si se vengó!...

He aquí el desenlace:

Fragmento de una carta de Lucía: «... Fué graciosa ocurrencia la tuya, pero algo atrevida. Cuando mi marido vió al día siguiente de aquel, ¡ay!, que nunca olvidaré, un papel prendido en las cortinas de la puerta de su biblioteca, y que decía: «Es inútil arrojar al Amor por la ventana, porque Cupido sabe entrar por las puertas», se quedó mudo de asombro. Pero al observar la falta de la estatuilla del Amor y mis profundas ojeras... me insultó, me amenazó, levantó contra mí su cobarde mano; pero yo todo lo sufrí invocando tu arrogante figura...»

Un mes más tarde, Lucía y yo realizábamos una encantadora excursión por la Costa Azul.

VICENTE VEGA.



## OTOÑO

En mi jardín no hay rosas de divinos colores y aromas voluptuosos. La fuente abandonada ya no eleva, en el fondo de la verde enramada, su canción, ni gorjean los pájaros cantores...

Todo perdió su encanto. Mi pobre corazón, en mi pecho enterrado, se muere de tristeza... Lluve sobre él en copos de trágica pureza la nieve que aniquila su última ilusión...

Ya tus labios tampoco musitan en mi oído la canción del amor, dulce, franca, sentida, que en horas de ventura yo escuché conmovido;

y es que fué tu cariño un florido retoño agostado al nacer... ¡Que el Amor y la Vida, lo mismo que las flores, también tienen su Otoño!..

JOSÉ M. BRAÑA.

---

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑÍA

RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

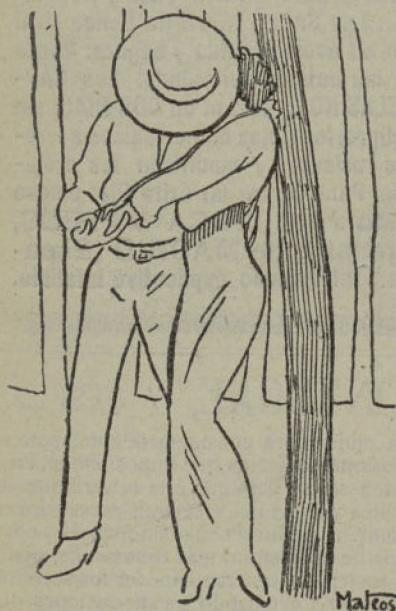
---

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

---

**Viuda de José Lerín**  
encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (**Abada, 22, tienda**), reparte toda clase de periódicos y revistas.

## CON-TACTO



—Bueno, Pepe, como quieras; pero, por Dios, ten mucho cuidado con el tronco...

do sobre mis labios, indicándola silencio, y, aproximándome, la referí cuanto me había acontecido. Podéis imaginarnos la estupefacción de aquella mujer, á quien su marido acababa de decir la brutalidad que había hecho con un extranjero que había osado ocultarse en un canasto de mimbres. Y la pobre lloraba «mi muerte»...

Con besos seque sus lágrimas, y una dulce sonrisa vino á sustituir al llanto. ¡Al fin, iba á amar y á ser amada!.. ¡Al fin, iba á vengarse de su brutal y

ESTABLECIMIENTO  
TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —  
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS  
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros ó irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arrenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUÉS

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por giro postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.ª derecha, Madrid* (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*